

*El género epistolar:
consideraciones sobre su utilidad en la enseñanza
de una segunda lengua*

Paloma TEJADA CALLER
Universidad Complutense de Madrid

ABSTRACT

This paper aims at encouraging the consideration and subsequent reevaluation of letters as useful text material for the teaching of English as a L2. Letters vary enormously in form, content and even function, which constitutes one of their greatest advantages for our purpose. Considering the longstanding English tradition of writing letters, this kind of text can be used to introduce the non-specialist non-native student into a broad cultural world to which s/he will necessarily have to turn their eyes. But more important than this, letters may become a useful resource to teach writing skills and to encourage students to produce written contextually justified texts.

En estas notas me propongo defender ciertas ventajas que, a mi juicio, conlleva la vuelta al género epistolar en la enseñanza del inglés como segunda lengua, a partir de la consideración global de este tipo de textos y, por tanto, de su consiguiente revalorización (*). En una época en que los medios de comunicación avanzan por derroteros bien distintos, y en la que proliferan incluso postales ya impresas con textos más o menos estandarizados, a falta tan sólo de la firma del remitente, la idea que proponemos puede parecer, sin duda, anacrónica. Sin embargo, creo que desde numerosos puntos de vista, merece la pena volver con nuevos ojos sobre una práctica cada vez menos cotidiana.

La reconsideración que pretendemos llevar a cabo debería iniciarse con la propia definición de «carta» y de su posible categorización, desde cualquiera que sea el punto de vista elegido. Sin embargo, el silencio de críticos y estudiosos

sobre el llamado «género epistolar» es notable. Bien es cierto que no es difícil encontrar aún reglas para componer cartas; instrucciones que desde la retórica antigua se han venido repitiendo hasta la actualidad, pero que pronto quedan reducidas a tópicos bien conocidos y muy generales. A la hora de categorizar y definir un supuesto «género» no es difícil observar que dada la notable variación que presentan las cartas en contenido, forma e incluso función, cualquier generalización se ve seriamente complicada. Y eso sin considerar lógicamente la controversia existente en cuanto a la validez del rígido concepto de género. Incluso, aunque desde órbitas más modernas se defiendan como características fundamentales de la carta la presencia del autor, la expresión de la individualidad y la referencia explícita a la localización y los participantes del acto comunicativo (Larsen, M., y Tejada, P., 1990), existen numerosas formas, a veces contradictorias, de cumplir con tales cometidos. Ni siquiera la inclusión de la carta dentro de la amplia categoría de literatura «no fictiva» resulta en ocasiones apropiado, como tampoco podría afirmarse con entera rotundidad que la carta quede reducida a la expresión en prosa. Desde el punto de vista lingüístico o estilístico, surgen también problemas que, aunque de distinta índole, contribuyen a la controversia. En este caso se trataría, por ejemplo, de distinguir entre las características que se proponen para la lengua hablada frente a la escrita, o para el monólogo frente al diálogo, por citar sólo dos cuestiones. Desde mi punto de vista, es la lingüística, y dentro de ella la tipología textual, la que puede ir abriendo vías de claridad en lo que a definición y categorización de las cartas se refiere. Sería largo y caería fuera de nuestro cometido realizar un estudio en profundidad sobre el tema. Sin embargo, tomando como punto de referencia la tesis de Werlich (1983), las cartas quedarían catalogadas como una *clase* particular de texto que puede representar cualquiera de los *tipos* de textos propuestos, narrativos, argumentativos, instructivos, descriptivos, etc., o incluso una combinación de varios. Esto, conjugado con los diferentes *grupos* y *formas* de texto que allí se sugieren, podría llevarnos a una clasificación razonable de cualquier carta posible. Es precisamente la variabilidad de las cartas lo que constituye, como veremos inmediatamente, una de sus principales ventajas en la enseñanza de una segunda lengua. Y con esta somera idea en mente, paso a exponer las razones por las que considero útil volver al género epistolar dentro del aula.

A mi juicio, uno de los últimos propósitos de todo profesor debe ser (y normalmente es) conseguir que la docencia de la materia que imparte resulte lo más integrada y contextualizada posible. Por ello, y en lo que se refiere a los textos que nos ocupan, creo que no debe desaprovecharse la enorme tradición que ha existido en la sociedad inglesa —en menor grado americana— de escribir

cartas. Basta una rápida ojeada al Apéndice incluido al final para obtener una buena muestra de ello. Allí se recoge, a modo ilustrativo, si no la relación completa, sí un nutrido grupo de autores de los siglos XIX y XX cuya correspondencia ha sido publicada en uno o, con frecuencia, varios volúmenes. Está claro, y no hace falta insistir sobre ello, que desde el momento en que la expresión de la personalidad se convirtió en uno de los objetivos de la literatura —en sentido amplio—, la correspondencia de importantes autores ha proporcionado no sólo placer, sino momentos de erudición fundamentales (Thackeray, Eliot, James, entre otros). Esta idea queda también reflejada en la literatura moderna, esencialmente personal, y en la que la memoria ha actuado muchas veces como sustituta de la imaginación. La intención del autor y el uso del tono familiar y subjetivo son dos rasgos omnipresentes en la literatura del siglo XX, al igual que lo son en las cartas. Para algunos ha sido incluso en este siglo cuando, a pesar de los nuevos métodos de comunicación y de la prisa acuciante, se han escrito las cartas más ricas y reveladoras de todos los tiempos. También es cierto que las autobiografías y las consabidas memorias han ido sustituyendo en buena medida a las cartas, lo cual quizá tenga que ver con el marcado aislamiento e individualidad de la persona actual, pero en ello no vamos a entrar. Lo que sí es importante es que de las colecciones de cartas se puede extraer con detenimiento información muy valiosa y que este trabajo puede derivar en una experiencia muy satisfactoria en lo que a entendimiento de ideas, pensamiento individual, etc., se refiere. Las cartas pueden revelar así una época, una cultura, una personalidad, la existencia de determinados círculos literarios, intelectuales, políticos, etc. Y todo ello puede dar pie a comentarios sociológicos, históricos o de otra índole. Es decir, las cartas pueden constituir una vía de *enseñar literatura* en su contexto cultural más amplio al que no es especialista, teniendo en cuenta además que siempre se trabajará con documentos de extensión muy asequible.

Sin embargo, no es esta la única razón —ni, desde luego, la fundamental— por la que considero útil volver al género epistolar en la enseñanza del inglés. Las cartas pueden resultar de sumo interés a la hora de *enseñar a escribir*, idea a la que creo debe dedicarse más atención de la que ha venido prestándose en los últimos años, cuando parecía que la enseñanza comunicativa de la lengua tenía que ver sobre todo con *hablar*, es decir, con la expresión oral. Hasta cierto punto, podría deducirse que la expresión escrita no constituía *comunicación auténtica*. No obstante, debe destacarse que tal primacía de la lengua hablada sobre la escrita está siendo muy debatida actualmente desde ámbitos lingüísticos. Ambos modos de expresión se conciben hoy más bien como analizables en y por sí mismos de manera autónoma.

Teniendo en cuenta lo anterior, está claro que escribir constituye una actividad

social, una técnica para negociar significado con otro u otros seres humanos identificables. En el caso de las cartas (y aquí radica otra de las ventajas de estos textos), dicha negociación, dicha técnica de intercambio, llega a ser *transparente*, o, en términos más modernos, *icónica*, cosa que, lógicamente, no siempre ocurre.

Si aceptamos la importancia comunicativa de la escritura y, por otra parte, su autonomía, debemos concluir que debe enseñarse, y que esto debe hacerse quizá de manera distinta a la tradicional. Todo ello podría traer consigo notables consecuencias incluso para la filosofía que a menudo subyace a la enseñanza de la lengua oral.

Hasta no hace mucho tiempo (y esto se puede comprobar en las pruebas de Selectividad actuales), al enseñar a escribir se solía instruir al alumno sobre lo que podríamos llamar «mecánica de la estructura superficial»: técnicas de puntuación, ordenaciones sintácticas, concordancias, etc. Suprimir errores de este estilo equivalía a escribir bien. Por lo que se refiere más concretamente a la enseñanza de lenguas extranjeras, se insistía sobre el conocimiento de la morfosintaxis oracional y de las convenciones típicas de la lengua dada en el medio escrito (en inglés, por ejemplo, ausencia de contracciones, separación de palabras por morfemas, etc.). Sin embargo, está demostrado que no se puede hacer corresponder la enseñanza de tales reglas, ni siquiera de la gramática, con enseñar a escribir. La gramática es necesaria, pero del todo insuficiente. Lo que se debe perseguir es enseñar a *producir texto*, como proceso, y a *entender texto*, como producto. El texto, por tanto, no se adquiere de forma automática, sino que se puede y se debe enseñar. Tampoco es éste el momento de desarrollar en profundidad todos los puntos sobre los que habría de recaer el interés docente en este sentido. Nos limitaremos a citar tan sólo algunos de los más sobresalientes, como son los elementos constitutivos de texto, necesarios para su *planificación, organización y desarrollo*; la consideración del *receptor* o receptores a quienes va dirigido el texto y de sus *expectativas* frente al mismo; las *constricciones sociolingüísticas* que afectan a todo texto; los *tipos* de texto y los patrones típicos de cada uno; los diferentes modos de crear en el medio escrito y según lo anterior focos de interés, énfasis, efectividad; las distintas *estrategias lingüísticas* concretas existentes a disposición del emisor; etcétera.

Siguiendo esta misma línea de *enseñar texto*, cabe hacer aún algunas consideraciones interesantes. Robert Kaplan (1988) llama la atención sobre tres posibles tipos de producción textual escrita, cuyos detalles, sin embargo, no daré. Sí resulta interesante, con todo, la sorpresa que manifiesta este autor ante el hecho de que en los procesos educativos se utilice fundamental y casi exclusivamente el tipo de producción textual menos frecuente en el mundo real —independientemente de la cultura—. Este, que él denomina *heurístico*, englobaría, además de

la novela, la poesía y los tratados teóricos y filosóficos, los ensayos y las redacciones de los escolares. Paralelamente, y por consiguiente, deducimos que la educación suele dejar de lado otros tipos de producción textual escrita mucho más utilizados por todos en la vida cotidiana, como es el escribir para informar o relatar algo, lo cual incluiría escribir cartas, artículos de humanistas y un pequeño porcentaje de la actividad periodística. Sin entrar en consideraciones sobre la clasificación que lleva a cabo Kaplan, hemos de reconocer que el esfuerzo que se debe dedicar para producir textos del primero de los tipos mencionados es considerablemente mayor que el exigido por los del segundo. Esto hace que muchas de las redacciones habituales en un contexto escolar estén abocadas al fracaso, quizá innecesariamente. En primer lugar, porque exigen que el alumno conozca o acierte en el conocimiento del destinatario; es decir, de todo lo que debe asumirse en lo que a experiencia compartida del mundo y del contexto se refiere y, por tanto, de las estrategias que se deben utilizar en un momento concreto. En segundo lugar, porque dichos textos exigen igualmente un conocimiento del tema propuesto, que no siempre se da y, de darse, puede que no resulte natural ni real escribir aisladamente sobre el mismo. En este punto advertimos otra ventaja de volver al género epistolar. La carta se erige como texto *contextualmente justificado* y extendido, donde se puede practicar la producción textual de manera natural. Los alumnos —cada vez más— deben encontrar no sólo un «uso» a los textos literarios escritos, sino sobre todo una motivación lo suficientemente fuerte como para poner en práctica los numerosos requisitos que implica escribir en una segunda lengua. Una carta puede enviarse a cualquier destinatario, versar sobre cualquier tema, conformar distintos tipos de texto, utilizar estrategias lingüísticas diversas según lo que se convenga de lo anterior, y desarrollarse plenamente en una extensión razonable.

Sin embargo, utilizar las cartas con el fin de *enseñar texto* quizá pueda llevar parejo el establecimiento de nuevas prioridades en la enseñanza de lenguas. En los estudios textuales que priman hoy en el campo de la lingüística y la estilística se prescinde en gran medida de la oración y se hace hincapié sobre el arte de la *comunicación efectiva*, más que sobre el de la expresión correcta. Con todo, esto no parece haber llegado ampliamente a las aulas. Los alumnos siguen viéndose obligados a actuar como si la perfección gramatical constituyera la prioridad suprema, de ahí que con excesiva frecuencia se encuentren desasistidos y mudos ante el papel en blanco. Enseñar texto ayudaría a saber elegir reglas, procedimientos, ámbitos y estrategias que son *suficientes* para la comunicación textual escrita a niveles siquiera limitados. Se buscaría así el efecto de un discurso concreto en relación con un contexto y unas situaciones específicas. Es evidente que la descripción de una lengua en términos de oraciones aisladas y descontext-

tualizadas nunca reflejará la estructura y el uso de la lengua natural. Y esto no sólo es cierto para la expresión oral, sino también para la escrita. Hay textos de habla espontánea, e incluso de poesía, sintácticamente anómalos, que resultan, sin embargo, eficaces a través de sus mecanismos de cohesión y continuidad textual, cuya importancia lingüística en estos casos es mucho mayor que la mera buena forma morfosintáctica. Es decir, hay textos que son correctos, cumplen sus cometidos, incluso si sus oraciones no lo son.

A partir de este plano de macro-organización textual, habría que pasar evidentemente a otros pormenores, es decir, al análisis de diferentes estilos, variantes—incluso individuales—posibles y a su puesta en práctica. El conseguir el primer paso, es decir, una evaluación eficaz en este terreno de los textos elegidos, puede verse favorecido si nos restringimos a las cartas, ya que la red de experiencias condicionadas culturalmente que para ello debe tener el alumno queda también limitada.

No pretendo extenderme en posibles sugerencias, tanto menos si constituyen meros apuntes bosquejados, como es el caso, desde un planteamiento puramente teórico. Tan sólo quepa quizá llamar la atención sobre una posible aplicación de estas ideas al campo de la traducción y de la lingüística contrastiva. Cierta equivalencia en la experiencia de los participantes es esencial para la traducción. Un alumno ha vivido la experiencia de escribir una carta y de lo que normalmente éstas contienen; quizá no de otras cosas mínimamente contextualizadas. Se podría ahondar así con relativa comodidad en la autonomía de cada sistema lingüístico o en la controversia acerca de las traducciones literales frente a las libres. Igualmente, y dentro ya de la lingüística contrastiva, el establecimiento de las diferencias existentes entre dos lenguas concretas podría expandirse a la confrontación de estrategias textuales observables entre una y otra.

Lógicamente, estas ideas que surgen, como he dicho, desde perspectivas teóricas necesitan de su aplicación para gozar de alguna validez. Al plantearlas ante un grupo de profesores de Enseñanza Media, la principal objeción que presentaron, en boca de los alumnos, es que las cartas exigen una buena dosis de expresión de ideas o sentimientos personales, lo cual podría interpretarse como interferencia en asuntos ajenos. No obstante, acostumbrados como estamos los profesores de lenguas extranjeras a imaginar situaciones y a estimular la fantasía, no creo que sea éste el principal impedimento para volver al género epistolar dentro del aula, en los términos aquí descritos. Más bien falte quizá un marco teórico más sólido con un desarrollo exhaustivo de los pilares fundamentales que sostienen la propuesta, para facilitar así la labor del profesor. El escepticismo puede surgir, asimismo, al comprobar los horarios tan restringidos que se reservan para la lengua extranjera y los programas tan amplios que suelen asig-

narse a cada uno de los cursos. Sin embargo, no creo que éstas sean tampoco suficientes razones para dejar de reflexionar o para desechar nuevas fórmulas que nos ayuden a realizar en el aula lo que, al menos desde la mesa de trabajo o en reducidos seminarios, parece necesario o positivo.

NOTA

(*) La base de estas consideraciones vienen constituidas por un seminario impartido en julio de 1990 en el Curso Superior de Filología Moderna de la Universidad Complutense, y en el que se analizaron diversos textos de la correspondencia publicada de Sylvia Plath y Dylan Thomas, así como fragmentos de la obra de Twain, Mark. *Letters from the Earth*, y poemas de Bradstreet, Anne. *A letter to her husband*; Bishop, Elizabeth. *Letter to N.Y.*, y Sexton, Anne. *Letter written on a ferry*.

BIBLIOGRAFIA

- Kaplan, R. (1988). Contrastive rhetoric and second language learning: notes towards a theory of contrastive rhetoric, en Purves, A., ed. (1988), pp. 275-304.
- Larsen, M., y Tejada, P. (1990). Letters in Medieval England, Comunicación presentada en el III Congreso de Selim, Alcalá de Henares.
- Purves, A., ed. (1988). *Writing across languages and cultures*, California: Sage Publications.
- Werlich, E. (1983). *A text grammar of English*, Heidelberg: Quelle & Meyer.

APENDICE

Correspondencia publicada de autores ingleses de los siglos XIX y XX. Algunos volúmenes de cartas de ficción (adaptado de Ford, B., ed., 1984: *The New Pelican Guide of English Literature*).

1. From Blake to Byron

- Austen, Jane. *Jane Austen's Letters*, ed. R. W. Chapman, London, 1952.
- Bentham, Jeremy. *Collected works of Jeremy Bentham: I The correspondence*, ed. T. L. S. Sprigge and I. R. Christie, London, 1968.
- Blake, W. *The letters of William Blake*, ed. Sir G. Keynes, London, 1956.
- Burns, R. *The letters of Robert Burns*, ed. J. de L. Ferguson, Oxford, 1931.
- Byron, G. G., Lord. *Byron's letters and journals*, ed. L. A. Marchand, London, 1973-1981.

- Campbell, Th. *Life and letters of Thomas Campbell*, London, 1849-50.
- Clare, J. *The letters of John Clare*, ed. J. W. and A. Tibble, London, 1951.
- Coleridge, S. T. *Collected letters of S. T. Coleridge, 1785-1834*, ed. E. L. Griggs, London, 1956-71.
- Edgeworth, M. *Letters from England, 1813-1844*, ed. C. Colvin, Oxford, 1971.
- Godwin, W. *Godwin and Mary, Letters of William Godwin and Mary Wollstonecraft*, ed. R. W. Wardle, Lawrence, Kansas, 1966.
- Hazlitt, W. *The letters of William Hazlitt*, ed. H. M. Sikes et al., New York, 1978.
- Hood, Th. *The letters of Thomas Hood*, ed. P. F. Morgan, Toronto, 1973.
- Hunt, L. *The correspondence of Leigh Hunt*, ed. T. Hunt, London, 1862.
- Keats, J. *The letters of John Keats*, Ed. H. E. Rollins, Cambridge, Mass., 1958.
- *The letters of John Keats* (selection), ed. R. Gittings, London, 1970.
- Lamb, Ch. *Lamb's letters*, ed. E. V. Lucas, London, 1935.
- *The letters of Charles and Mary Anne Lamb*, ed. E. W. Marris, Ithaca, New York, 1976-78.
- Moore, Th. *The letters of Thomas Moore, 1793-1847*, ed. W. S. Dowden, Oxford, 1964.
- Reynolds, J. H. *The letters of John Hamilton Reynolds*, ed. L. M. Jones, Lincoln, Neb., 1973.
- Robinson, H. C. *The correspondence with the Wordsworth Circle, 1808-1866*, ed. E. J. Morley, Oxford, 1927.
- *Diary, reminiscences and correspondence of Henry Crabb Robinson*, ed. T. Sadler, London, 1872.
- Scott, Sir Walter: *The letters of Sir Walter Scott*, ed. Sir H. J. C. Grierson et al., London, 1932-37.
- Shelley, M. W. *The selected letters of Mary Wollstonecraft Shelley*, ed. M. Spark and D. Stanford, London, 1953.
- Shelley, P. B. *The letters of Percy Bisshe Shelley*, ed. F. L. Jones, Oxford, 1964.
- Southey, R. *Letters from England*, ed. J. Simmons, London, 1951.
- *Letters of Robert Southey. A selection*, ed. M. H. Fitzgerald, 1912.
- Wordsworth, W. *The letters of William and Dorothy Wordsworth*, ed. E. de Selincourt, Oxford, 1935-39 (rev. by C. L. Shaver et al., 1967-79).
- *The love letters of William and Mary Wordsworth*, ed. B. Darlington, London, 1981.
- *The letters of Mary Wordsworth, 1800-1855*, ed. M. E. Burton, London, 1958.

2. From Dickens to Hardy

- Arnold, M. *Letters*, ed. G. W. E. Russell, London, 1901.
- Bridges, R. *Correspondence of R. Bridges and W. B. Yeats*, London, 1977.
- Bronte, A. *Life and letters*, ed. T. J. Wise and J. A. Symington, Oxford, 1932.
- Browning, E. Barrett. *Letters*, ed. Sir F. G. Kenyon, London, 1897.
- *Letters of Robert Browning and Elizabeth Barrett*, London, 1899.
- *Letters to Mrs. Ogilvy*, London, 1975.
- Browning, R. *Letters*, ed. T. L. Hood, London, 1933.
- Butler, S. *The family letters of Samuel Butler*, ed. A. Silver, London, 1962.
- Carlyle, Th. *Letters*, ed. C. E. Norton, London, 1886.
- *Letters to his wife*, ed. T. Bliss, London, 1953.
- *Collected letters of Thomas and Jane Carlyle*, Edinburgh, 1969.
- *Correspondence between Goethe and Carlyle*, ed. C. E. Norton, London, 1887.
- *Correspondence of Emerson and Carlyle*, ed. J. Slater, N. York, 1965.
- Clough, A. H. *Letters*, ed. F. Mulhauser, Oxford, 1957.
- Darwin, Ch. *Letters*, ed. F. Darwin, London, 1903.
- Dickens, Ch. *The letters of Charles Dickens*, ed. M. Houese and G. Storey, Oxford, 1965.
- Disraeli, B. *Letters*, ed. J. A. W. Gunn et al., Toronto, 1982.
- du Maurier, G. L. P. B. *Selected Letters 1860-67*, ed. D. du Maurier, London, 1951.
- Eliot, G. *Letters*, ed. G. S. Haight, New Haven, Conn., 1954-78.
- Fitzgerald, E. *Letters and literary remains*, ed. W. A. Wright, London, 1968.
- Gaskell, E. *Letters*, ed. J. A. V. Chapple and A. Pollard, Manchester, 1967.
- Gissing, G. R. *Letters*, ed. A. and E. Gissing, London, 1927.
- *George Gissing and W. H. Wells: a record of their friendship and correspondence*, ed. R. A. Gettman, London, 1961.
- Hardy, Th. *Letters*, ed. C. J. Weber, Waterville, Main, 1954.
- *Collected letters*, ed. R. L. Purdy et al., Oxford, 1978.
- Hopkins, G. M. *Letters of Gerard Manley Hopkins to Robert Bridges*, ed. C. C. Abbott, Oxford, 1935.
- *Further Letters*, ed. C. C. Abbott, Oxford, 1956.
- Kipling, R. *Letters to Rider Haggard*, London, 1965.
- Lear, E. *Letters*, ed. Lady C. Strachey, London, 1907-11.
- Lewes, G. H. *The George Eliot letters*, ed. G. S. Haight, New Haven, Conn., 1954-78.
- Macaulay, Th. B. *Letters*, ed. T. Pinney, Cambridge, 1974-81.

- Meredith, G. *Letters*, ed. by his son, London, 1912.
 — *Collected letters*, ed. C. L. Cline, Oxford, 1970.
- Mill, J. Stuart. *Letters*, ed. F. A. Hayek, London, 1951.
- Moore, G. *Letters*, ed. R. Hart-Davis, London, 1957.
- Morris, W. *Letters to his family and friends*, ed. P. Henderson, London, 1950.
- Newman, J. H. *Letters and Diaries*, ed. C. S. Dessain and T. Gornall, Oxford, 1961.
 — *Correspondence with John Keble and others 1839-1845*, London, 1917.
- Pater, W. H. *Letters*, ed. L. Evans, Oxford, 1970.
- Patmore, C. K. D. *Memoirs and correspondence*, ed. B. Champneys, London, 1901.
- Pinero, A. W. *Collected letters*, ed. J. P. Wearing, Minneapolis, Minn., 1974.
- Rossetti, Christina G. *Family letters*, ed. M. N. Rossetti, London, 1908.
- Rossetti, D. G. *Pre-Raphaelite diaries and letters*, ed. W. M. Rossetti, London, 1900.
 — *Letters*, ed. O. Doughty & J. R. Wahl, Oxford, 1966-67.
- Ruskin, J. *Letters to Bernard Quaritch*, ed. C. Wrentmore, London, 1939.
 — *Letters from the continent*, ed. J. Hayman, Toronto, 1982.
 — *The correspondence of Thomas Carlyle and John Ruskin*, ed. G. A. Cate. Stanford, 1982.
 — *Ruskin in Italy: Letters to his parents*, Oxford, 1972.
- Stevenson, R. L. *Letters*, ed. S. Colvin, London, 1908.
- Swinburne, A. C. *Letters*, ed. C. Y. Lang, Newhaven, Conn., 1960-62.
- Tennyson, A. *Letters*, ed. C. Y. Lang & E. F. Shannon, Oxford, 1982.
- Thackeray, W. M. *Letters*, ed. G. N. Ray, Cambridge, Mass., 1945-46.
- Trollope, A. *Letters*, ed. B. A. Booth, New York, 1951.
- Wilde, O. *Letters*, ed. R. Hart-Davis, London, 1962.
 — *Selected letters*, Oxford, 1977.

3. From James to Eliot

- Auden, W. H. *Letters from Iceland*, 1937.
- Bennett, E. A. *Letters*, ed. J. Hepburn, 1966-70.
- Brooke, R. C. *Letters from America*, 1916.
 — *Letters*, ed. G. Keynes, 1968.
- Conrad, J. *Notes on life and letters*, 1921.
 — *Letters to his wife*, 1927.

- *Letters to M. Paradowska*, 1940.
- *Letters, 1895-1924*, ed. E. Garnett, 1928.
- Empson, W. *Letters IV*, 1929.
- Galsworthy, J. *Letters from John Galsworthy, 1900-1932*, ed. E. Garnett, 1934.
- Huxley, A. L. *Letters*, ed. Grover Smith, 1969.
- James, H. *Letters*, ed. P. Lubbock, 1920.
- *Selected letters*, ed. L. Edel, 1983.
- Joyce, J. *Letters*, ed. S. Gilbert & R. Ellmann, 1966.
- *Selected letters*, ed. R. Ellmann, 1977.
- Lawrence, D. H. *Collected letters*, ed. H. T. Moore, 1962.
- *Lawrence in love: letters to Louie Burrowes*, ed. J. T. Boulton, 1968.
- *Letters*, Cambridge, 1979-83.
- Lewis, P. W. *The letters of Wyndham Lewis*, ed. W. K. Rose, 1963.
- Mansfield, K. *Selected letters and journals*, ed. C. K. Stead, 1977.
- *Letters to J. M. Murry 1913-1922*, 1951.
- Muir, E. *Selected letters*, P. H. Butter, 1974.
- O'Casey, S. *Letters*, ed. D. Crause, 1975.
- Owen, W. *Collected letters*, ed. H. Owen & J. Bell, 1967.
- Pound, E. *Letters*, ed. F. Read, 1968.
- *Pound/Ford: The story of a literary friendship*, ed. B. Lindberg-Seyestad, 1983.
- Powys, J. C. *Letters to Nicholas Ross*, 1971.
- *Letters to Henry Miller*, 1975.
- *Letters of John Cowper Powys to his brother Llewelyn*, ed. M. Elwin, 1975.
- Shaw, G. B. *Florence Farr, Shaw and Yeats: letters*, ed. C. Bax, 1941.
- *Letters to Ellen Terry*, ed. C. St. John, 1949.
- *Bernard Shaw and Mrs. Patrick Campbell: correspondence*, ed. A. Dent, 1952.
- *Bernard Shaw's letters to Granville Barker*, ed. C. B. Purdom, 1956.
- *To a young actress, letters to Molly Tompkins*, ed. P. Tompkins, 1961.
- *Collected letters, 1874-97*, ed. D. H. Lawrence, 1965.
- *The playwright and the pirate: correspondence of Bernard Shaw and Frank Harris*, ed. S. Weintraub, 1983.
- Strachey, G. L. *Virginia Woolf and Lytton Strachey: letters*, ed. L. Woolf & J. Strachey, 1956.
- Woolf, V. *A letter to a young poet*, 1932.
- *Letters*, ed. N. Nicolson, 1975-80.

- Yeats, W. B. *W. B. Yeats and T. S. Moore: their correspondence*, ed. U. Bridge, 1953.
— *Letters to Katharine Tynan*, ed. R. McHugh, 1953.
— *Letters on poetry to Dorothy Wellesley*, 1965.
— *Letters*, ed. A. Wade, 1954.

4. The present

- Davie, D. *Six epistles to Eva Hesse*, 1970.
Durrell, L. G. *Lawrence Durrell and Henry Miller: a private correspondence*, ed. G. Wickes, 1963.
Jones, D. *Jones's letters to Vernon Watkins*, ed. R. Pryor, 1976.
— *Dai Greatcoat*, ed. R. Hague, 1980.
Lowry, M. *Selected letters*, ed. H. Breit & M. Lowry, 1965.
Plath, S. *Letters home, 1950-63*, 1976.
Thomas, D. M. *Letters to Vernon Watkins*, 1957.
— *Selected letters*, ed. C. Fitzgibbon, 1966.
Wesker, A. *Love letters on blue paper*, 1974.